



# **Domitila Barrios vuelve a decirnos: “si me permiten hablar...”**

Dra. Virginia Ávila García

En 2015 realicé una breve estancia de investigación en Bolivia y ante mis ojos aparecieron escenarios que nunca había imaginado ver: el ámbito político diversificado con una amplia presencia de personas quechuas y aymaras en el poder; el orgullo de los pueblos originarios donde destacaban las mujeres, orgullosas de sus atuendos y de sus lenguas que se movían en todos los ámbitos, desde el comercio hasta su fuerte presencia política. Pero me cimbré al ver el odio que reflejaban las mujeres de clases medias y altas ante ellas.

Al estar en un congreso femenino, no feminista, conocí de viva voz las experiencias de las empoderadas mujeres aymaras en el gobierno de Cochabamba, pero también conviví con muchas mujeres universitarias de Santa Cruz y otras regiones que resentían como graves ofensas la presencia suave y discreta de las no mestizas como ellas.

Las diferencias entre las colegas aymaras y quechuas y las mestizas eran enormes, aunque casi todas eran universitarias, se apreciaba que entre mujeres como entre cualquier grupo social se impone más el clasismo y el racismo que el género. La cruceñas eran abiertamente hostiles a sus compatriotas vestidas como “cholitas”, término despectivo para referirse a las quechuas y aymaras. Éstas en cambio, amables, risueñas, orgullosas de si mismas destacaban por su amabilidad y hacían caso omiso

de las agresiones gestuales y de invisibilización que las otras expresaban; inmersas en los contenidos de las ponencias que escucharon con mucha atención tomaban nota para mejorar sus experiencias y ejercer mejor el poder en el gobierno de Cochabamba. La buena educación, tolerancia y fineza campeaba entre éstas y estuvo ausente entre aquéllas con sus compatriotas.

Las mujeres bolivianas, en los años de la presencia mayoritaria indígena por casi 14 años alcanzaron niveles de equidad de género demostrable en la Constitución de esta nación multicultural que privilegia la diversidad. En este documento la paridad en la democracia se hacía realidad en la práctica; el problema para las mujeres mestizas era que fueran morenas las que los detentaran.

En el Encuentro había jóvenes ingenieras, comunicólogas, maestras, figuras públicas del poder político que demostraban la sabiduría de su cosmovisión del buen vivir, donde hombres y mujeres debían trabajar en armonía, esto no implicaba que se desconociera o estuviera superada la inequidad y la violencia en el trato cotidiano, pero iban en el camino de remontar visiones maniqueas que se viven entre las mujeres que luchan por sus derechos en otros países latinoamericanos como México, que se han apegado a los modelos de las feministas blancas y hegemónicas, donde la consigna pareciera ser que el otro desaparezca.

Con el golpe de estado en Bolivia, los pasos caminados hacia la justicia social están en grave riesgo. Domitila Barrios, la vieja aymara que pidió la palabra en México 1975 para decir que ella no se reconocía en Betty Friedan, porque sus problemas eran los de la mujer con hijos, un marido minero y un contexto de sometimiento social y no los de la blanca que llegaba con un traje nuevo y acompañada de su chofer a la Primera Conferencia Internacional de Mujeres, seguramente desde su viaje eterno volvería a decir “Si me permiten hablar...” con su voz dulce y firme.

En Bolivia las voces que se vuelven a escuchar son las del odio racial y las del poder de los medios, de los empresarios y de los hombres y mujeres de clase media y alta que no toleran la convivencia de iguales con quienes creen en el respeto a la naturaleza, la armonía con el cosmos y enuncian que el buen vivir va más allá del bienestar material y del color de la piel y la cultura.